

CULTURA

La ciudad andaluza rinde homenaje a Antonio Gala, que tanto le cantó y que pidió que reposaran allí sus cenizas

El alma de Córdoba en la palabra de un poeta

AMALIA BULNES, Córdoba
Dibuja Antonio Gala (Brazatoras, Ciudad Real, 1936-Córdoba, 2023) en la obra teatral *Séneca o el beneficio de la duda* a un personaje tan humano como contradictorio, bajando al filósofo del pedestal y enfrentándolo a sus miedos. Y es así como despidió ayer Córdoba, la ciudad adoptiva del poeta, al hombre que fue querido como un vecino pero que también aspiró a revalidar a Séneca, a Averroes, que quiso ser Boabdil en *El manuscrito carmesí*, y recogió todo el saber de la Córdoba clásica para reivindicarla desde su pasado para el presente.

Son las cuatro de la tarde de un lunes y no cabe un alfiler en la capilla ardiente instalada en el convento del Corpus Christi, sede de la Fundación Antonio Gala, donde descansan, antes de su incineración, los restos del popular escritor, fallecido en la madrugada del domingo: los representantes institucionales y medios de comunicación apenas aciertan a tomar el protagonismo en un acto del que, literalmente, se han apropiado los vecinos, que se acercan por decenas en una manifestación silenciosa, pero también los amigos —de Córdoba y los llegados de Madrid—, alumnos de la fundación, familiares y todo aquel en la ciudad andaluza que siente su memoria unida a la del poeta.

"Cuando yo era chiquito, Gala era el escritor de Córdoba que salía en la tele, que estrenaba con éxito sus obras de teatro en Madrid, pero, sobre todo, el que llevaba nuestra ciudad en los labios y nos emparentaba de una manera bastante gloriosa con nuestro pasado. Muy al principio, cuando Córdoba fue reivindicada desde el discurso andaluz del proceso autonómico, es Gala el que encuentra ese parentesco, esa naturaleza mestiza de Andalucía y de la ciudad, desde Grecia y Roma a

la Andalucía musulmana, y lo convierte en una seña de identidad para nuestra proyección social". Lo cuenta el poeta, también cordobés, Joaquín Pérez Azaústre, que ha llegado desde Madrid para despedir a su maestro y amigo. "Antonio Gala nos enseña a construir un territorio nuevo. En el momento de la germinación de la Andalucía autonómica, puso las bases para que nos reencontráramos con nuestro pasado. Fue el escritor que necesitaba ese tiempo y esa Andalucía: Gala es la unión escritor-tiempo-territorio", refuerza Azaústre.

La cantidad de personas que

han ido acercándose a despedir a Antonio Gala da "una medida bastante objetiva del cariño que todo el mundo le ha tenido desde siempre: se ha ido el hombre, pero el escritor se queda con nosotros porque su obra va a permanecer aquí. Le ha dejado al mundo, a toda España, a toda Andalucía y también a Córdoba, su fundación, que está muy viva, que se alimenta y acoge y seguirá acogiendo a centenares de jóvenes creadores que vendrán a esta ciudad a tener una oportunidad", explicó José María Gala, sobrino del poeta y secretario de la fundación.

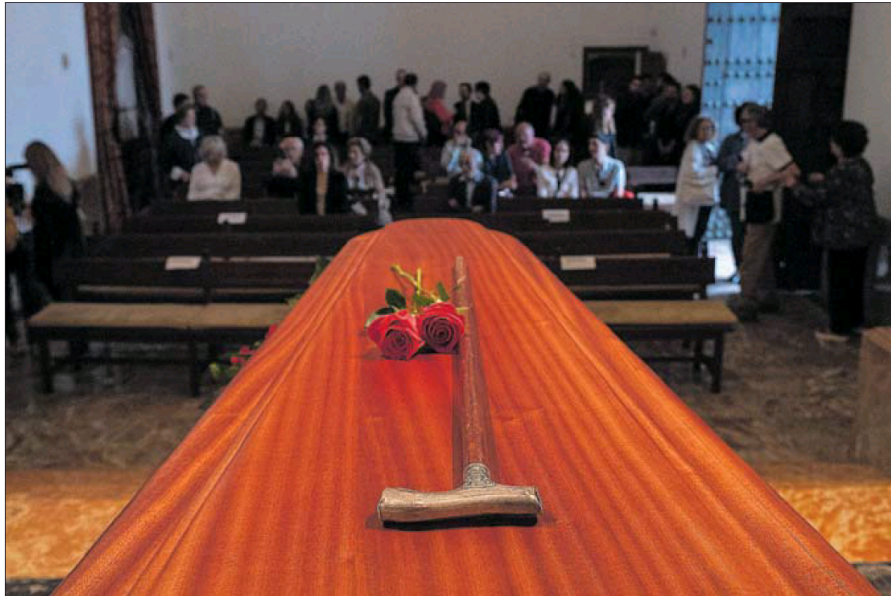
Amigos, vecinos y alumnos de la fundación acuden a la capilla ardiente

El escritor proyectó la naturaleza mestiza de Andalucía como seña de identidad

"El olvido no existe. La belleza / se añora sin cesar y se persigue: / memoria y profecía de sí misma. / La belleza es un sino, lo mismo que la muerte. / Teníamos once años / y la palabra abril significaba / igual para los dos...". Ha sido el poema elegido para abrir la ceremonia, que se titula *Sierra de Córdoba*. Suenan los compases de Clara Montes, que llevó a la música la poesía de Antonio Gala.

Un bastón sobre el ataúd y una sobriedad sobrecogedora han sido los distintivos de una escueta despedida, en el mismo silencio de esa Córdoba callada de Manuel Machado que el poeta nunca dejó de recordar: la casa señorial en la calle Nueva, de estilo modernista, a la que se mudó con nueve años desde Ciudad Real cuando su padre, médico, fue trasladado a la ciudad andaluza; las tertulias literarias por las que el hijo del galeno comenzó muy pronto a pasearse y en las que, se quejaba, solo había "flamencos y toreros"; los poetas del grupo Cántico, con los que su padre prefería que no simpatizara; su Testamento andaluz, un poemario musicado por Manolo Sanlúcar, y, cómo no, la célebre conferencia de inauguración del Congreso de Cultura Andaluza que se celebró en la Mezquita de Córdoba en 1978, tan vigente en muchos de sus párrafos y que terminó con ese mítico "Viva Andalucía viva" que se convirtió en el clamor con el que la región se reivindicó a España y al mundo en su proceso de construcción autonómica.

"Cuando yo muera, mis cenizas, junto con las de la dama de otoño, servirán para fertilizar los jardines de mi fundación. Yo me quedaré en Córdoba", aseguró Gala en 2012 al recoger el III Premio de las Letras Andaluzas Elio Antonio de Nebrija. Y así será a partir de hoy.



El féretro con los restos de Antonio Gala, ayer en la fundación del poeta en Córdoba. / PACO PUENTES

AQUÍ ES MARTES / FÉLIX DE AZÚA

Memorias memorables

Lo primero que juzga uno, tras leer las ochocientas páginas de estos enormes cuadernos de recuerdos (Editorial Renacimiento), es que su autor, Carlos Morla Lynch, era una buena persona. Una bondad, sin embargo, que no estaba inspirada por la compasión, la caridad, la piedad u otra virtud cristiana, sino por la inteligencia. Y buena prueba de ello es que no confunde en ningún momento a los buenos con los malos. Los malos, por cierto, suelen ser tontos de remate.

Algunos lectores le conocen ya gracias a los diarios anteriores, los de 1928 a 1936, dominados por la figura de Lorca, íntimo amigo de Morla, y los de 1936 a 1939, estrecheceros documentos sobre la Guerra Civil en los que no abandona nunca el juicio puramente humano para abrazar una ideología u otra. Su grandeza es evidente

cuando sabemos que salvó la vida a dos mil personas acogiéndolas en la Embajada de Chile de la que era encargado de negocios, pero en realidad actuaba como embajador. Los primeros centenares eran ciudadanos de derechas perseguidos por los sayones rojos que los mataban en las checas y en las cunetas de Madrid. En la segunda parte son refugiados republicanos a los que perseguían con saña los esbirros de Franco. Total, dos mil vidas salvadas por este hombre, una especie de Schindler chileno.

Y ahora nos llega su diario de Berlín, cuya primera entrada es de enero de 1939 y la última de julio de 1940. Así que da un testimonio único del asalto de los nazis a la fortaleza europea y a la declaración (nunca oficial) de guerra invasora. Así, por ejemplo, asistió en persona a la reunión

del Reichstag en la que Göring comunicó a todas las embajadas mundiales la anexión de Polonia: un disimulado anuncio de la guerra inminente.

Pero no es sólo un testimonio histórico, es también un cuadro escénico del Berlín de aquel momento con toda su abigarrada y diversa complejidad. Morla era un hombre de curiosidad insaciable y un talento literario indudable con el que dibuja cientos de retratos "al natural" de las más variada índole: viejos aristócratas acabados y medio lelos, odiosos funcionarios del Reich, o la gente menuda que forma su ámbito favorito, camareros, vendedores callejeros, criadas, mendigos, bebedores de taberna, chóferes, proletarios, en fin, el pueblo que tanto le había fascinado en España y que nunca olvidaría. De hecho, mientras está viviendo el ascenso de Hitler, la invasión de Polonia o la caída de París, no deja de preocuparse por los 17 comunistas que aún estaban refugiados en la Embajada de Madrid y sobre los que temía un asalto brutal que los sacara por la fuerza de la embajada y los fusilara de inmediato. Vivía espantado por las noti-

cias que recibía de España sobre la barbarie del régimen, aunque no todas eran ciertas.

La misma honestidad que le llevó a refugiarse primero gente conservadora y luego revolucionaria le habría llevado a proteger judíos de haberse quedado más tiempo en Berlín. Su indignación ante los primeros actos criminales antisemitas le encendía una cólera que no podía manifestar dada su posición oficial.

No le dio tiempo. En 1940 lo enviaron a Suiza donde permaneció hasta 1947. Aquel hombre imparcial, tan de la Tercera España, vivió la guerra en el más neutral de los países europeos. Luego tendría otros destinos hasta morir en 1969 y ser enterrado en España, su patria de adopción.

Los aficionados a la música tenemos, además, un regalo. Músico vocacional, amigo personal de Claudio Arrau y entusiasta de Furtwängler, vienen en sus memorias recuerdos de algunos conciertos sensacionales. La edición, a cargo de Inmaculada Legro, con un estupendo conjunto de fotografías, es soberbia. ¡Ah, y con prólogo de Trapiello!